

La palabra más hermosa

Jordi Sierra
i Fabra

Dibujos de
Agustín
Riccardi



El inefable profesor Maestro

Lo de Georgina y Daniel tenía su miga.

Unos decían que era por ser gemelos (y se quedaban tan panchos, como si eso lo explicara todo); otros insistían en que a veces las cosas pasan como pasan y ya está (¿para qué darle más vueltas?); los más aseguraban que era mala suerte (siempre hay fatalistas), y no faltaban los que decían que más bien se trataba de todo lo contrario (optimistas a pesar de los pesares), porque pasarse dos meses en cama sin hacer nada...

En fin, que nunca llueve a gusto de todos.

El caso es que, efectivamente, Georgina y Daniel se habían pasado dos meses enfermos, encadenando una fiebre o un sarampión o una varicela o un lo-que-sea tras otro. Cuando Daniel se recuperaba de algo, Georgina ya tenía un problema que, inevitablemente, le contagiaba a su hermano. Y cuando Georgina estaba mejor, Daniel se encargaba de atrapar cualquier virus que pasara por allí y ¡zas!, se lo pegaba a su hermana, que para algo eran eso, gemelos, e inseparables.

Al final hasta su madre pensaba que, o se curaban de una vez, o se marchaba de vacaciones al Caribe, o los echaba por la ventana. Ni ella ni ellos sabían qué hacer.

¡Dos meses en casa, atrapados!

La cosa estaba ya en uno de esos puntos del todo insoportables.

Con doce años cada uno, que para algo habían nacido el mismo día, se sentían como si llevaran media vida en cama y fuera de circulación, más fastidiados de lo que nunca se habían sentido. Su natural buen humor y predisposición para todo estaba por los suelos, como su moral.

El día que salieron de casa para volver a la vida cotidiana y ser, de nuevo, normales, tenían

unas ganas de ponerse las pilas y comerse el mundo...

Su vuelta a la escuela fue celebrada como si regresaran los hijos pródigos. A sus compañeros y compañeras no les habían dejado ir a verlos, por lo del contagio, así que estaban desconectados y más perdidos que el único camarón en una paela gigante. Lo primero que hicieron fue hablar con ellos y contarles su experiencia de enfermos casi crónicos. Por lo menos ese día fueron los héroes.

Pero después les tocó el turno a los profesores.

Estaban en plenos exámenes, así que las noticias no podían ser peores. ¡Habían perdido buena parte del curso!

—Georgina, Daniel —les dijo circunspecto el jefe de estudios—. Ya sé que habéis estudiado en casa, pero... me temo que eso no va a ser suficiente. Los profesores no pueden aprobaros así como así, por la cara. Por supuesto que serán benévolo, porque sois buenos alumnos y tenéis notas parciales estupendas, pero... depende de cada uno de ellos que aprobéis ahora en un examen que os harán específicamente o que debáis estudiar todo

el verano para aprobar en septiembre, aunque entonces sé que también podréis contar con su ayuda, no os preocupéis.

Georgina y Daniel se quedaron más hundidos que el *Titanic*.

Además de aquellos dos meses fuera de circulación, la perspectiva de tener que estudiar en verano era... apabullante.

–No es justo –lamentó ella.

–Encima de que hemos estado medio muertos –suspiró él.

Su hermana le dirigió una mirada de las suyas. Daniel tendía a exagerar, y ella, como había salido un par de minutos antes que él cuando nacieron, a veces sentía la responsabilidad de «ser la mayor».

–Tampoco va a ser tan terrible –dijo–. Ya ha dicho el jefe de estudios que serán benévolos, y que, si suspendemos ahora, en septiembre nos ayudarán.

Pero todavía les quedaban sorpresas.

La última fue enterarse de que la profesora de Lengua y Literatura, la señora Ágata, también estaba enferma y la había sustituido un nuevo profesor.

–Preparaos –les dijo Davinia–. Es la mar de raro.

–¿Raro? –se estremeció Roque–. ¡Es un marciano!

–¡Es de los que cree que la Lengua y la Literatura son lo más importante! –asintió Margarita.

La señora Ágata era una buenaza, y si con alguien hubieran podido contar era con ella. La presencia de un nuevo profesor, que tanta expectación había despertado entre los demás, suponía un incuestionable problema. Una piedra en el camino.

Y no fue una piedra, fue una roca. Un alud de ellas.

Lo supieron nada más verlo.

El profesor Maestro, que así se llamaba, encima, como para subrayar el problema que debían enfrentar, tenía una presencia impresionante. Alto, con una densa melena blanca llena de rizos y ondas por toda su cabeza, ojos profundos, labios formando un sesgo recto. Y vestía de negro, muy elegante, con chaleco, algo trasnochado pero muy especial, con personalidad.

Pero sobre todo estaban aquellos ojos...

Tan profundos que parecían atravesarlos de lado a lado.

—Así que ustedes son Georgina y Daniel —los escrutó como si buscara un resquicio en sus almas.

Se echaron a temblar por dentro.

—S-s-sí —respondieron al alimón.

—Pues me temo que vuestras magníficas notas no van a impresionarme demasiado a la hora de evaluaros, ¿sabéis? —sus ojos se empequeñecieron un poco—. Veréis —continuó tras unos segundos de dramática pausa—, si no aprobáis la Lengua ahora, en junio, en una prueba que os haré especialmente a los dos, será una señal de que no estáis preparados para lo demás, y recomendaré a mis compañeros que no os hagan las suyas hasta septiembre.

—Oiga, esto no es justo —se atrevió a decir Georgina.

—¿Por qué no? —los ojos del profesor Maestro brillaron—. La Lengua es lo más importante, amiga mía. Y saber leer o escribir no depende de dos meses pasados en cama, sino de actitud, de compromiso. Sin las palabras no somos nada. Para estudiar lo demás tenéis que entender lo que



estudiáis, y eso es lo que nos dan la Lengua y la Literatura. ¿Habéis leído mientras estabais en cama?

–Sí –asintieron los dos.

–¿Mucho?

–Bueno, teníamos fiebre y estábamos hechos polvo –reconoció Daniel.

–Sin leer es difícil aprender, y sin aprender se es un burro, se seca el cerebro, no se piensa. ¿Cómo pretendéis aprobar las demás materias sin haber aprobado antes la nuestra? Eso sería un insulto. Para estudiar matemáticas hay que saber leer, amar y comprender las palabras.

–Está bien, háganos ese examen –se rindió Georgina apretando los puños con decisión.

El profesor Maestro sonrió por primera vez.

–La prueba que os pondré no será precisamente un examen, pero, si salís bien de ella, tendréis la mejor nota. Ése es el reto. Ésta es mi dirección –les tendió una hoja de papel con unas señas escritas–. ¡Os espero esta tarde en mi casa! ¡Y sed puntuales!

Y los dejó en medio del pasillo mientras él se alejaba solemne.